



## A LA IZQUIERDA DEL FUTURO. VANGUARDIA Y REVOLUCIÓN EN EL NUEVO ROMANTICISMO (1925-1936) / TO THE LEFT OF THE FUTURE. AVANT-GARDE AND REVOLUTION IN THE NEW ROMANTICISM (1925-1936)

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA  
IES Arjé

Recibido: 05/07/2024

**Resumen:** Olvidado por la historia oficial de la literatura y del arte, el Nuevo Romanticismo fue un movimiento cultural, impulsado por la recién nacida extrema izquierda republicana, que trató de promover un concepto social de la Vanguardia, en contraposición al esteticismo imperante, aséptico y alejado de cualquier conflicto histórico o compromiso social. Tuvo su momento álgido en la segunda mitad de los años 20 del siglo pasado. El presente artículo analiza, en su primera parte, sus componentes de clase, influencias e historia, a través de las distintas publicaciones y proyectos editoriales que desarrolló. En la segunda parte se aborda la disolución del grupo, originalmente muy compactado, en diversas tendencias políticas, una vez proclamada la II República.

**Palabras clave:** editoriales, vanguardia, II República, diseño gráfico, literatura comprometida.

Aceptado: 05/11/2024

**Abstract:** Forgotten by the official history of literature and art, New Romanticism was a cultural movement, promoted by the newly born extreme republican left wing, which tried to promote a social concept of the Avant-garde, in contrast to the prevailing aestheticism, aseptic and far from any historical conflict or social commitment. It had its peak in the second half of the 20s of the last century. This article analyzes, in its first part, its class components, influences and history, through the different publications and editorial projects that it developed. The second part addresses the decomposition of the group, originally very compact, into various political tendencies, once the Second Republic was proclaimed.

**Keywords:** Publishing Houses, Avant-Garde, Second Republic, Graphic Design, Committed literature.

Civantos Urrutia, Alejandro. «A la izquierda del futuro. Vanguardia y revolución en el Nuevo Romanticismo (1925-1936)». *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*, 8 (diciembre 2024): 40-64. DOI: <https://doi.org/10.15366/crrac2024.8.002>.

ISSN: 2530-8238

En la genealogía cultural de la II República se ha tenido, por lo general, una consideración, probablemente excesiva, a proyectos como la Generación del 27, bastante inanes en cuanto a su capacidad de ruptura con el régimen monárquico —y aún con la dictadura de Primo de Rivera—, a la vez que se mantenían en zona de sombra otras propuestas culturales de aquel tiempo indiscutiblemente más comprometidas con el proyecto republicano, como la del Nuevo Romanticismo. Como mínimo convendría, al menos, considerar que en la «brillante pléyade de poetas auto-constituida en generación del 27» no hubo, como reconocía Dámaso Alonso, «un sentido conjunto de protesta política, ni aun de preocupación política» (Alonso, 1965: 157), y sí un deliberado intento de promover una literatura pura, deshumanizada y de élite, una poesía irrealista y desinfectada, alejada del conflicto, que es precisamente el tipo de literatura «que las dictaduras necesitan y fomentan» (González, 1981: 19). Frente a ello, el Nuevo Romanticismo contó entre sus filas con escritores sociales, propagandistas políticos, conspiradores antimonárquicos, perturbadores universitarios, presos por delitos de propaganda contra Primo de Rivera, sublevados en Jaca, pactistas de San Sebastián y al final incluso hasta varios diputados y ministros republicanos (Tuñón de Lara, 2000: 246-247).

## Rito y geografía de la Izquierda Radical

Para trazar con precisión el mapa del ocaso monárquico con toda seguridad tendríamos que hacer pasar una de sus fronteras por los cafetines universitarios salmantinos en los que empezó a gestarse en la primavera de 1925 la revista *El Estudiante*, primer paso para la configuración en España de la Izquierda Radical burguesa, más proclive a identificarse con el movimiento obrero y sus luchas que con su propia extracción de clase. No deja de resultar cuanto menos curioso que, con todos sus *Gaudeamus* y caricaturas a cuestas, fuera una típica revista universitaria la que se alzara, prácticamente en solitario, contra un régimen, el de Primo de Rivera, aplaudido por las principales oligarquías del país, la gran industria, la cultura y hasta el sindicalismo reformista de la UGT<sup>1</sup>. Pero es que, por un lado, *El Estudiante* no era una revista universitaria más (publicaron en ella activistas antimonárquicos de variada procedencia como Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz, Juan Negrín, Julio Álvarez del Vayo, o Julián Besteiro, ade-

---

1 Sobre la inaudita aquiescencia de todo el país a este primer ensayo de «capitalismo de Estado al servicio de la oligarquía», *vid.* Tuñón de Lara (2000: 158); Abelló (1997: 102-105) y González Calleja (2005). Sobre la postura de la Universidad frente al régimen, Tusell y Queipo (1990: 89-90 y 127-140).

más de intelectuales latinoamericanos del fuste de José de Vasconcelos o Gabriela Mistral y hasta Valle-Inclán publicó inicialmente allí, por entregas, su novela de dictador: *Tirano Banderas*) y, por otro lado, no hay duda de que la revista fue el primer intento serio en nuestro país por luchar contra el «señorismo intelectual», promoviendo una nueva relación entre la cultura y el proletariado, pues «el intelectual no puede sepultar en el silencio o la inacción las ansias de liberación del pueblo» y por ello hay que acabar «con los intelectuales de nómina y enchufe, que habían hecho de su condición un medio de vida, una profesión al servicio del Estado, de las empresas o de los magnates» (*El Estudiante*, 1926, nº6: 1). Por otra parte, su apuesta por una transformación real y no meramente cosmética del país llevaba a sus impulsores a la osadía de afirmar que «sólo es posible el porvenir modificando las viejas estructuras de propiedad» o que «sin el proletariado [...] no se puede intentar la verdadera renovación de nuestro Estado ni de ningún estado moderno» (*El Estudiante*, 1926, nº 9: 1).

Al frente de esta díscola publicación se encontraba el joven catedrático de Derecho y traductor del alemán Wenceslao Roces, que pronto iba a convertirse en el primer gran divulgador del marxismo que hubo en nuestro país. Pretendiendo combatir la podredumbre moral del régimen a través de una renovación de la Universidad española, y un mayor compromiso con la realidad social, *El Estudiante* contó con corresponsales en los más significados núcleos universitarios. Rafael Giménez Siles, fundador de la Unión Liberal de Estudiantes y conocido activista contra la Dictadura, ejercía, por ejemplo, la corresponsalía en Madrid, y el prometedor periodista asturiano José Díaz Fernández, la de Gijón. De mayo a julio de 1925, la publicación alumbró en Salamanca un total de 13 números, ilustrados por Julio Núñez, hasta que la censura militar puso fin a la aventura.

Subtitulada «Semanario de la juventud española», y arropada por contenidos más culturales, *El Estudiante* reaparecerá en Madrid el 6 de diciembre de 1925, dirigida ahora por Rafael Giménez Siles, y se extenderá hasta el 1º de Mayo de 1926, sumando catorce números más. Dispuesta a convertirse en clave de futuro de esa Izquierda Radical, entonces desconocida en nuestro país, que aspiraba a transformar la sociedad española incorporando una función social a la cultura, *El Estudiante* proponía sobre todo modificar el status del intelectual español, hasta entonces entregado a las élites, a las inmensas minorías y a la deshumanización del arte, un intelectual que, de esa manera, ejercía una función «orgánica» dentro del sistema, como «gestor» de la clase social hegemónica con objeto de garantizar «el consentimiento «espontáneo» de las grandes masas de población a la orientación impresa a la vida social por el grupo dominante fundamental» (Gramsci,

2022: 310). Además de José Díaz Fernández, encontramos ahora en su Redacción a José Antonio Balbontín, presidente del muy radical Grupo de Estudiantes Socialistas de Madrid, o a Graco Marsá, frecuentador de cárceles por su activismo antimonárquico y futuro participante en la Sublevación de Jaca. También colaborará desinteresadamente con la revista el popular caricaturista catalán Luis Bagaría<sup>2</sup>.

El núcleo duro de redactores de *El Estudiante* estaba, sin duda, llamado a proyectos de mayor envergadura, algo que se materializó finalmente con el semanario cultural *Post-Guerra*, nacido el 25 de junio de 1927. Se trataba de una publicación absolutamente insólita, y casi marciana, en un panorama dominado por la *Gaceta Literaria* o la intocable *Revista de Occidente*, que se enseñoreaban con una literatura por encima de la multitud, inalcanzable para las masas, sin rastro de lo humano o de la realidad histórica de su tiempo. En realidad, la historia oficial del periodo ha sido bastante rúcana e injusta al valorar esta revista, pionera de la «literatura rehumanizada», y la primera de las de su tipo que apostó claramente por acabar con la cultura como privilegio de clase<sup>3</sup>.

Al frente de *Post-Guerra* se encontraban viejos amigos de la época de *El Estudiante* como Rafael Giménez Siles, José Antonio Balbontín o José Díaz Fernández, a los que se sumaron Juan Andrade, que había sido uno de los fundadores del PCE, el viejo novelista 'a la Valle-Inclán' Joaquín Arderús y José Venegas, un casi imberbe periodista madrileño. Todos eran universitarios de extrema izquierda que expresaban un profundo hartazgo del sistema a la vez que se sentían huérfanos de espacio político que los representara<sup>4</sup>.

En continuidad con *El Estudiante*, la principal cruzada de *Post-Guerra* fue contra la «falsa vanguardia» del «arte puro» que abanderaban las revistas literarias de su tiempo, y que ellos entendían como una tapadera del más puro reaccionarismo; un arte desinfectado y antirrealista, que no se manchaba con la realidad ni con la historia, y que no cuestionaba en lo más mínimo a la opresora civiliza-

---

2 *El Estudiante* aún carece de un estudio de conjunto que reivindique sus méritos. Mientras tanto, *vid.* Luis (1994), o Aznar (2010: 59-76). Pueden encontrarse ejemplares de ambas épocas en: [https://www.memoriademadrid.es/buscador.php?id=124571&accion=ResultadosGenerales&pagina=&tipo=docs\\_relacionados&palabras\\_clave=&pagina=2](https://www.memoriademadrid.es/buscador.php?id=124571&accion=ResultadosGenerales&pagina=&tipo=docs_relacionados&palabras_clave=&pagina=2).

3 Si bien dispersos, podemos encontrar intentos de reivindicar la revista en Fuentes (1976), Jiménez Millán (1980), López de Abiada (1983), Aznar (2010: 100-121) o, sobre todo, en Santonja (1986: 99-149). Ejemplares en: <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/card?sid=70297188>. Por otra parte, en efecto, *Post-Guerra* fue la primera «de las de su tipo» en proponer una literatura social, porque en ese empeño se le habían adelantado casi treinta años las publicaciones obreras anarquistas, *vid.* Civantos (2017: 198-199).

4 En realidad, el único que tenía filiación política en aquel momento era Andrade, al que acababan de expulsar del PCE por trotskista (Gutiérrez Álvarez, 2006). O sea que sí: «todos se sentían huérfanos de espacio político que los representara».

ción occidental, que había provocado desigualdades, explotación, colonialismo y guerras mundiales. Al respecto eran rotundos: «El vanguardismo, en Europa, se ha hecho, en política, generalmente reaccionario. Sirve los intereses de la clase dominante, verdadera beocia antiartística» (*Post-Guerra*, nº13: 3). Y, como en un mantra, repetirán en varios de sus números, en grandes letras cursivas y a manera casi de advertencia para lectores atropellados, que «bajo el pretexto de militar en escuelas literarias de vanguardia, numerosos jóvenes estetas defienden los ideales de la reacción. El diletantismo literario es una modalidad de reaccionarismo político». En cierta medida, los redactores de la publicación estaban abordando a cara de perro un concepto clave del análisis marxista que David Becerra ha sintetizado felizmente en la fórmula de la «ideología de la no-ideología», toda vez que «la invisibilización del conflicto, de la ideología en sentido político, forma parte asimismo de un discurso ideológico», porque en realidad «la no-ideología no es sino exteriorización del discurso del capitalismo avanzado» (Becerra, 2013: 29 y 33). Y en esa línea de interpretación situaría José Díaz Fernández «Acerca del Arte Nuevo», importantísimo artículo, aparecido en el nº4 de *Post-Guerra*, que no solo entronca con las tesis sobre la función social del arte del pensador marxista, entonces aún desconocido en España, Yuri Plejanov, sino que contenía el germen de su posterior ensayo generacional *El Nuevo Romanticismo*, sentando ya las bases de lo que denomina «Arte novísimo con intención social», o «de Avanzada», y que no es sino una nueva formulación de la Vanguardia, «en oposición al arte burgués», que «abrazo un universo sin fronteras: movimiento multitudinario, proletario, realmente creador» (Díaz Fernández, 1927: 8).

Por su beligerancia, y hasta por su inflamado lenguaje, *Post-Guerra* se alejaba de las revistas culturales al uso para aproximarse a las publicaciones obreras de principios de siglo, con las que le unía no sólo su apuesta por una cultura verdaderamente popular, sino también su denuncia del sistema económico burgués, lo que la llevó, en ocasiones, a criticar con dureza al propio republicanismo, pues

nuestro republicanismo histórico parece no haber aprendido nada de los acontecimientos actuales del mundo, y del cambio sufrido en todos los países después de la guerra. [...] Aspiran a resolver todos los males sociales con una república burguesa que secularice los cementerios, que separe la iglesia del Estado, que restrinja las congregaciones religiosas, pero que siga conservando la estructura económica presente, con explotadores y explotados (*Post-Guerra*, nº8, p. 1).

En definitiva, con *Post-Guerra* estaba buscando su sitio en el abigarrado espacio político de entonces una izquierda a la izquierda de cualquier proyecto republicano del momento, dispuesta a promover en primer lugar una cultura de vanguardia comprometida con lo humano, contaminada de realidad, convencida

de que «el interés histórico de los intelectuales exige que lleven a cabo, al lado del proletariado, la lucha contra la producción y la dominación de la burguesía» (*Post-Guerra*, nº 4, p. I).

*Post-Guerra*, como era frecuente, por lo demás, en las revistas y folletos proletarios, enriquecía su oferta con un servicio de distribución, Biblioteca Post-Guerra, que ponía al alcance de sus lectores, con generosos descuentos, numerosos folletos de diversas editoras anarquistas, comunistas o radicales. Entre los títulos que ofertaba había folletos de Malatesta, Reclús o Sebastián Fauré por 0,20 céntimos; el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels por 0,50; *Dios y el Estado* de Bakunin por 1 peseta; *Las ciudades y los años* de Fedin por 3,50 o *La Caballería Roja* de Isaac Babel por 4,25.

Dirigida conjuntamente por Giménez Siles y Balbontín, la revista, de entre 20 y 24 páginas a 25 céntimos (30 para el número especial de 1º de Mayo de 1928, que se extendía hasta las 28 páginas), vivió todo un calvario con la censura primorriverista, que secuestró tiradas completas, recortó numerosos artículos y detuvo a sus directores en varias ocasiones. No obstante, en tarea casi de Sísifo, consiguió poner en la calle 13 números (el último dirigido en solitario por Giménez Siles), editados intermitentemente hasta septiembre de 1928. Al frente del diseño gráfico, al que *Post-Guerra* dio mucha importancia, se encontraba Gabriel García Maroto, que diseñó los logos y las portadas con una marcada influencia del cubismo socialista soviético<sup>5</sup>.

Como sostuvo en su momento Gonzalo Santonja (1989: 10), el paso que dieron los jóvenes de *Post-Guerra* para convertirse en editorial tuvo mucho de supervivencia, o de intento de regatear la censura, que era atroz con las publicaciones periódicas, pero bastante más tibia con las que excedían las 200 páginas. José

---

5 Lo curioso del caso es que Gabriel García Maroto (1889-1969) venía de colaborar en revistas ilustradas de élite como *Índice* o *La Esfera* o en revistas literarias 'mainstream' como la *Gaceta Literaria* o la misma *Revista de Occidente*, hasta que su amistad con el traductor comunista Ángel Pumarega lo arrastró a la vanguardia social. Con él fundó la editorial Biblos, que puede considerarse un precedente de la edición «de avanzada», y entró en el PCE. Inicialmente influido por el pintor uruguayo Rafael Barradas, su estilo a la vez post-cubista y suburbial, y su grafismo en blanco y negro, marcaron tendencia en *Post-Guerra*. En 1927 se estableció en México, país cuyo muralismo admiraba, y del que era oriunda su mujer, lo cual probablemente imposibilitó que su trabajo tuviera mayor continuidad en España, adonde no regresó ya hasta 1934 para una exposición en Madrid sobre la pintura que había realizado en Hispanoamérica. Vivió brevemente la Guerra al frente del Servicio de Propaganda del Ministerio de Instrucción Pública, hasta que regresó de nuevo a México donde realizó la mayor parte de su obra, compuesta por lienzos, murales, álbumes ilustrados y numerosas -y pioneras- acciones artísticas populares, revolucionarias intervenciones de espacios callejeros, en su mayor parte aún desconocidas por estos pagos. García Maroto es también autor de una extraña utopía artística novelada, *La España de 1930*, publicada por Biblos en 1927, que asume buena parte del ideario de esta izquierda alternativa que *Post-Guerra* está definiendo. Vid. Cabañas (2005), Bonet (2007: 276-277) y Mengual (2017).

Venegas consideraba incluso que su misma existencia beneficiaba al régimen, ya que

el censor suprime todo lo que pueda tener alguna eficacia, de manera que poco o nada podemos hacer por formar una conciencia revolucionaria. En cambio, la revista sirve a Martínez Anido [ministro de Gobernación] y a Primo de Rivera para probar, por un lado, que son muy liberales pues consienten una publicación que por ahí llaman bolchevique, y para decir, por otro, a los burgueses atemorizados, que existe un grave peligro comunista en el país (Venegas, 1944: 138-139).

No obstante, y siendo esto cierto, tampoco podemos obviar el hecho de que pasar de prescribir literatura política, abogando por una vanguardia comprometida socialmente, a editarla ellos mismos, probablemente encierre una mayor significación, que entronque con aquello que decía Víctor Fuentes (1981: 87) del necesario proceso de «socavación editorial» que precede a todo gran movimiento histórico. Y ello porque, en realidad, lo que los jóvenes de izquierda radical que componen *Post-Guerra* están intentando construir es su propio espacio político, y para ello es de todo punto imprescindible crear previamente unos aparatos de producción y promoción ideológica que les permitan adquirir presencia social. Digamos a ese respecto que la burguesía tradicional tiene ya los suyos, quintaesenciados en la deshumanizada *Revista de Occidente*, y que el movimiento obrero también, con la miríada de precarias editoriales más o menos ‘underground’ que buscaban su público en las periferias industriales o en los latifundios. Por lo tanto es esta nueva izquierda, que ellos representan, la que necesita esos aparatos de difusión y promoción, en tanto en cuanto aspira a ser —y pronto lo será efectivamente— alternativa de poder ante un desmoronamiento de la monarquía que ellos supieron ver antes que nadie. Por otra parte, revistas convirtiéndose en editoriales, o complementando con ellas su tarea de difusión ideológica, no era algo tampoco muy nuevo, y las había por decenas en el mundo editorial libertario (*Salud y Fuerza, Generación Consciente, Estudios, Acracia, Tierra y Libertad...*). Un último apunte: el libro político podía ser, de hecho, un perfecto desconocido en las librerías españolas de 1928, pero no lo era ni mucho menos en los quioscos del extrarradio o entre los repartidores de folletos de los polígonos industriales, por lo que no parece muy descabellado pensar que era precisamente el movimiento editorial obrero anarquista —y sus extraordinarias tiradas— el que los jóvenes de *Post-Guerra* tomaron como referencia al emprender su aventura como editores (Civantos, 2017: 206).

Así que, con Juan Andrade como director literario y José Venegas en la gerencia, Ediciones Oriente, fundada en diciembre de 1927, nació llena de ambición y de audacia. Entre sus fundadores encontramos algunos viejos amigos de la época

de *El Estudiante*, pertinaces en el activismo político y cultural y ahora a un paso de convertirse en diputados o en cargos de relieve en la II República: José Díaz Fernández, José Antonio Balbontín, Rafael Giménez Siles o Joaquín Arderús, junto a los recién incorporados Justino de Azcárate y José Lorenzo.

La joven editorial tuvo que enfrentarse, aún antes de poner en la calle ningún volumen, con la animadversión del *stablishment* editorial, «que consideraba —no sin fundamento— nuestra aventura una tontería de señoritos metidos a perturbadores» (Venegas, 1944: 149), y con la detención por delitos de propaganda de Rafael Giménez Siles. No obstante lo cual, la aparición de sus primeros títulos acabó produciendo «un verdadero alboroto en el mundo editorial», pues eran libros «que chocaban con lo que solía publicarse en Madrid» y además «introducimos novedades en su lanzamiento» (Venegas, 1944: 151). Lo que hacía referencia no sólo al carácter pro-soviético de los volúmenes que publicaba sino a que éstos no se vendían sólo en librerías, sino también en quioscos, a contrarrembolso o mediante repartidores o paqueteros, lo que ampliaba su difusión, y a que hacían publicidad mediante carteles, o destacados en la prensa obrera y radical, prácticas todas ya ensayadas por editoriales antagonistas y marginales, pero muy desconcertantes, desde luego, en la edición convencional. También crearon CEP, Central de Ediciones y Publicaciones, para evitar las zancadillas de las distribuidoras tradicionales y, para sortear las dificultades con las imprentas, tuvieron la suya propia, «Argis», acrónimo formado con las iniciales de los apellidos de sus propietarios: Arderús y Giménez Siles (Santonja, 1986: 155).

Otra novedad fue la importancia que se concedía a las traducciones directas del idioma original sin pasar por el francés, como era habitual entonces, y al propio prestigio del traductor, con el que se firmaba una exclusiva. Fueron traductores de Ediciones Oriente Julio Gómez de la Serna, José Viana o los hermanos Ángel y Manuel Pumarega.

Pero fue, seguramente, la rabiosa radicalidad de su aspecto gráfico lo que más singularizó a Ediciones Oriente dentro del panorama editorial de su tiempo, sobre todo cuando se incorporó como diseñador de sus portadas el extraordinario ilustrador algecireño Ramón Puyol que, con sus impactantes cubiertas a dos y tres tintas, acabó por dar a la editorial su potente imagen de marca<sup>6</sup>.

6 En realidad, Ramón Puyol Román (1907-1981) aún está esperando una reivindicación a la altura de sus méritos. Se lo recuerda, si acaso tangencialmente, como autor del célebre cartel *No Pasarán*, que acabó siendo un símbolo de la defensa de Madrid, pero no son menos valiosas las fantasías surrealistas litográficas que firmó para el Socorro Rojo Internacional, presentando con ácido humor el paisanaje de la Guerra (*El Pesimista*, *El Acaparador*, *El Infiltrado*, *El Rumor...*); ni los dos espléndidos óleos-mural, *En el Frente* y *Descanso en el Frente*, que presentó en el Pabellón Español de la Exposición Internacional de París de 1937; ni la contundente aportación gráfica



Por otro lado, como manifestaron enseguida sus títulos (el primero, *China contra el imperialismo*, de Juan Andrade, apareció en febrero de 1928), Ediciones Oriente se quería una réplica por la izquierda a la *Revista de Occidente* y la desproblematizada asepsia del mundo occidental. Y a ello se lanzaron, a tumba abierta. Editaron, por ejemplo, a Alejandra Kollontai, a Krilenko, a Trotsky, a Youssupoff o a Ehreburg, autores soviéticos hasta entonces desconocidos o sólo disponibles en los precarios folletos de las editoras obreras. Publicaron por primera vez en nuestro país a André Malraux, con su crónica novelada sobre la revolución hongkonesa *Los conquistadores*. O la «novela maldita» de André Gide *Corydon*, que ninguna editorial convencional se había atrevido a publicar en España por su temática homosexual. O *Tampico*, la extraordinaria novela de Hergesheimer

---

que hizo a publicaciones como *Mundo Obrero*, *Octubre*, *El mono azul* o *Nueva España*. Para cuando finalizó la Guerra y fue condenado a muerte por «adhesión a la rebelión», Puyol era ya en España, indiscutiblemente, el más importante explorador de estas nuevas formas de arte popular, algo que quizá pesara bastante en aquel desmesurado veredicto. Sin tantos golpes de pecho ni arrumacos de nostalgia como Alberti, Ramón Puyol había pasado de la placidez marítima de la bahía de Cádiz al tráfigo de Madrid, apenas adolescente, para estudiar en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, en la que fue alumno de Romero de Torres o Benlliure, y compañero de Salvador Dalí. Pero su ambición, y su terreno, fue sin duda muy otro, entendiendo, con Machado, que había que sincronizar el reloj con el meridiano del pueblo. Puyol encontró la revolución, artística y humana, en Ediciones Oriente, para la que realizó su primera portada —probablemente *La bolchevique enamorada* de Kollontai—, y a partir de ahí se entregó sin reservas a esta recién nacida fórmula de arte social. Fue portadista prácticamente en todas las editoriales de avanzada, especialmente en Cénit, para la que diseñó más de 60, y en la que ejerció originalmente el también pionero papel de director de Arte. Precisamente en las oficinas de la CIAP, que distribuyó al principio los libros de Cénit, conoció a la entonces mecanógrafa Luisa Carnés, narradora de avanzada en ciernes, y madre de su primer hijo. Futurista cubistizante a la soviética, de trazados geométricos y audaces sombreados, explorador de contrastes, que consiguió aunar muralismo mejicano y expresionismo alemán, en realidad Puyol no se parecía a nadie, pues estaba inventando estas nuevas formas de expresión artística, que enriquecieron numerosas publicaciones de entonces, por lo que el mundo del diseño gráfico tiene contraída una gran deuda con él. Fue también escenógrafo (para Mayakovski o Alberti), figurinista y diseñador de decorados. Militante del PCE, Puyol trabajó, de manera casi estajanovista, por construir un arte social de vanguardia, lo que lo emparenta desde luego con el Nuevo Romanticismo, al que puso cara, sin duda, con sus cubiertas, pero también luchó por crear escuela y difundir nuevos modelos de arte colectivo, fundando la Agrupación Gremial de Artistas Plásticos en 1931, comisariando la I Exposición de Arte Revolucionario en 1933, o dirigiendo, ya durante la Guerra, la sección artística de *Altavoz del Frente*. Detenido en Alicante en 1939, condenado a muerte primero y luego a treinta años y un día de prisión, quien había sido pionero en la gráfica revolucionaria, acabó poniendo su arte al servicio de la involución, y para reducir días de su condena, trabajó en techos, paredes y tapices de El Escorial, cargados acaso de oprobio sus pinceles. Obligado a pintar para otros, como otros y por otros, que luego firmaban los cuadros que él había pintado, Puyol vivió la posguerra —esta sí— como artista de gorra y limosna en un Madrid famélico y hambriento, olvidado por todos y convertido, como dice Juan Manuel Bonet, en el «caso más radical de exilio interior que haya conocido». En los setenta volvió a Algeciras, sin nostalgia, a invertir su talento en mal pagados óleos sobre festividades y personajes de la Andalucía de pandereta. Artista de la derrota, engullido por la historia, fue ya una sombra de sí mismo, y en la sombra sigue, lamentablemente. Vid. Bonet (1981 y 2007: 504), Freixes y Garriga (2006: 153-159), Pintor Alonso (2009), Bolufer (2020) y la extraordinaria página dedicada a su obra: <https://www.ramon-puyol.es/>

sobre las explotaciones mineras huastecas de México. Se trataba, como se ve, de una literatura humanizada, colectivista, de fuerte raigambre proletaria, que contrastaba con el individualismo esteticista y formal en el que se solazaban tanto las editoriales monárquicas como las republicanas.

Los jóvenes y desacomplejados editores sorprendieron también creando una marca paralela, a modo de proyecto complementario, centrada en autores en lengua española, con la vista puesta en el mercado hispanoamericano. Fue Historia Nueva, cuya dirección se encargó al activista peruano César Falcón. Y una vez más, las previsiones se desbordaron: *El Blocao*, extraordinario reportaje novelado sobre la experiencia bélica marroquí, que supuso el fulgurante debut literario de José Díaz Fernández, agotó tres ediciones en dos años; *Pueblo sin dios*, de César Falcón, dos, igual que *Plantel de Inválidos*, también de Falcón. Títulos estos insertos en una colección, «La Novela Social», que habría de crear escuela, y en la que publicaron otros miembros del grupo, aspirantes a extender este «Arte novísimo con intención social», como Julián Zugazagoitia, Joaquín Arderíus o José Antonio Balbontín. Otros autores habituales en el catálogo fueron los muy críticos con el régimen Luis Jiménez de Asúa, que llegó a las cuatro ediciones de su *Libertad de amar y derecho de morir*; Gregorio Marañón, con su *Amor, conveniencia y eugenesia*, que en 1930 llegaba a la tercera edición; o Marcelino Domingo, conspirador antimonárquico, que estaba a un paso de fundar el Partido Republicano Radical Socialista y a dos de convertirse en Ministro de Instrucción, que publicó en la editorial *Una dictadura en la Europa del s. XX y ¿A dónde va España?*.

Entre 1928 y 1931, Ediciones Oriente editó treinta y dos títulos; Historia Nueva treinta y seis, distribuidos en colecciones tan importantes como la citada «La Novela Social», «La Nueva Literatura», «La Política» o «La Lucha contra el Imperialismo». También alumbró la primera colección de libros feministas, «Ediciones Avance», y una de las primeras de libros de bolsillo, «Ediciones Última». Al margen de la influencia de las editoras libertarias que pudiera haber tenido el joven grupo editorial, estaba claro que había cambiado para siempre la forma de editar en nuestro país, como enseguida iba a verse, y este es, sin duda, su logro más perdurable. Aunque quizá ellos no habían querido llegar a tanto, pues su pretensión inicial era, simplemente, convertirse en portavoces de una tendencia política, la del nuevo republicanismo de izquierda radical, algo que también consiguieron, por otra parte, aunque este logro no fuera a la postre desde luego tan perdurable<sup>7</sup>.

---

7 Los primeros intentos de reivindicar la importancia de esta editorial los encontramos en Fuentes (1982) y, sobre todo, en el valioso tomo de Santonja (1986) ya citado. Más reciente,

## Corazón de tiza

En diciembre de 1929, justo dos años después de la aparición estelar de Ediciones Oriente en el paisaje cultural español, se fundaba en Madrid el Partido Republicano Radical Socialista, tras un proceso de rápida configuración iniciado meses antes en la cárcel modelo de Madrid, adonde habían ido a parar, por su participación en la intentona golpista de Sánchez Guerra contra la dictadura, Álvaro de Albornoz, Marcelino Domingo y Ángel Galarza. Con la intención no declarada de ser el «espacio representativo de un sector del republicanismo de izquierdas que aspiraba a convertirse en representante político de los trabajadores anarcosindicalistas» (Avilés, 1985: 61), en realidad el PRRS era, a no dudarlo, el espacio político que los jóvenes de izquierda radical que redactaban *El Estudiante* lamentaban no haber encontrado en nuestro país en 1925. Y, es más, entre los 86 firmantes de su manifiesto fundacional se encontraban José Antonio Balbontín, Joaquín Arderíus, José Díaz Fernández, Eduardo Ortega y Gasset, Juan Botella Asensi, Álvaro de Albornoz o Marcelino Domingo, que habían coincidido, de alguna manera, como promotores, traductores o autores, en los distintos proyectos editoriales del Nuevo Romanticismo.

Como Ediciones Oriente había hecho en el campo de la cultura, el PRRS revolucionó el espacio político del momento por su audacia y por el ímpetu, a menudo suicida, con el que se lanzaron a probar todas las salsas de las conspiraciones anti-monárquicas del momento, con una participación en el Pacto de San Sebastián y en la posterior Sublevación de Jaca, desde luego muy superior a la del resto de partidos republicanos (Tuñón de Lara, 2000: 246-247). Alardeando de jacobinismo y de ADN proletario, y con Albornoz asegurando que «en el Parlamento había muerto siempre la fuerza de la izquierda» (Avilés, 1985: 56), o que estaba «bien acreditada la ineficacia del romanticismo constituyente» y el «fracaso de todas las revoluciones que han confiado sus destinos a un simulacro de sufragio universal» (Albornoz, 1930: 3)<sup>8</sup>, el PRRS no sólo pretendía aunar todas las fuerzas más o menos difusas a la izquierda del PSOE sino que también entonaba cantos de sirena al movimiento anarquista, llegando incluso a promover alianzas con la

---

Civantos (2019). Por otra parte, salvo en el caso de las de Venegas, es curioso, y muy revelador, el asombroso silencio que sobre la experiencia de Ediciones Oriente hay en las memorias de algunos de sus fundadores. *Vid.* Balbontín (1952) o Giménez Siles (1981).

8 Una idea curiosamente similar, por cierto, a la que expresaba aquel mismo año Díaz Fernández (2013: 68) en su ensayo *El Nuevo Romanticismo*, al decir que «la generación actual tiene el deber de forjar una civilización política. Y creo, además, que no encomendará esta obra al sufragio. El sufragio es el instrumento de una política radicalmente distinta, la que hay que erradicar precisamente».

CNT (Avilés, 2006: 64). El joven partido diseñó una estrategia no sólo federalista y laica, como la del republicanismo clásico, sino también marcadamente antiplutocrática y muy beligerante contra la especulación y el latifundismo, dispuesta a luchar por «la participación de los obreros en la soberanía económica» (*Nueva España*, nº 2, 3); una estrategia, en fin, enfrentada al papel histórico e intelectual de la burguesía, que era, a no dudarlo, la misma que habían impulsado desde sus páginas *El Estudiante*, *Post-Guerra* y Ediciones Oriente, y acaso tal vez la meta que ambicionaban<sup>9</sup>.

No obstante, al final resultó que no todo estaba tan claro.

En febrero de 1928, precisamente cuando acababa de salir el primer volumen de Ediciones Oriente, Rafael Giménez Siles, uno de los más veteranos del proyecto, empezó a pensar en abandonarlo para montar su propia editorial. En extravagante arabesco de contigüidad, esta nueva editora de izquierda surgió, de hecho, igual que el PRRS, en la cárcel Modelo de Madrid, prisión en la que Giménez Siles se encontraba detenido por delitos de propaganda y donde alumbró secretamente la idea de esta nueva editorial radicalizada, a la que aportaría financiación el joven notario pro-soviético Diego Hidalgo (Santonja, 1989: 41-42). Antes de finalizar el año, Giménez Siles abandonaba Ediciones Oriente llevándose consigo a su director literario, Juan Andrade, y a su portadista estrella, Ramón Puyol, algo que Venegas, aún con su habitual *savoir faire*, nunca le perdonó (Venegas, 1944: 150). Había nacido Editorial Cénit<sup>10</sup>.

---

9 El PRRS fue, con dos ministros (Albornoz y Domingo), el partido de izquierda burguesa mejor representado en el gobierno provisional de abril de 1931, además de ocupar también puestos clave como el de Gobernador Civil de Madrid (Eduardo Ortega y Gasset), la Fiscalía General de la II República (Ángel Galarza), o la Dirección General de Prisiones (Victoria Kent). La marca de su prestigio le garantizó 56 diputados en las Elecciones a Cortes de junio, pero el caudillismo del que pronto se acusó a Domingo, y el hiato cada vez mayor entre las expectativas que había generado y su timorata acción de gobierno, lo fue desbordando de demarrajés por la izquierda (Balbontín, Botella Asensi, Eduardo Ortega y Gasset...) hasta dejarlo en un único diputado en las elecciones de 1933, tras las que desapareció. Su historia, aún por hacer en gran medida, puede leerse también como metáfora. *Vid.* Avilés (1985 y 2006), Cucalón (2007), o el editorial que le dedicó en su número 2 la revista *Nueva España*, que se pretendía su órgano portavoz. Para datos, Tuñón de Lara (2000: 295 y 362).

10 Con la perspectiva del tiempo parece fuera de toda duda que Cénit fue la más sólida y eficiente de todas las editoriales radicales que surgieron entonces. También fue la más longeva, pues prolongó sus actividades hasta las puertas mismas de la Guerra Civil, la que se garantizó mayor independencia en distribución e impresión, y la que, gracias a las superlativas habilidades de Giménez Siles, mejor superó las sucesivas crisis políticas y logísticas que afectaban al mundo del libro. Pero, sobre todo, Cénit fue, de todas las editoras asociadas al Nuevo Romanticismo, la que mejor mantuvo aquel presupuesto inicial de ejercer de núcleo de condensación de todas las izquierdas. Publicaron, y no sólo durante el tiempo que Andrade estuvo en el consejo editor, mucho comunismo heterodoxo (Reissner, Ehreburg, Rosa Luxemburgo, además de Joaquín Maurín y Andreu Nin, y no pocos volúmenes de Trotsky), pero también del ortodoxo (con clásicos punteros del realismo socialista en sus primeras traducciones españolas, como Kataiev,

La segunda deserción del grupo editorial Oriente la protagonizaron, en 1929, los recién llegados Justino de Azcárate y José Lorenzo, ambos republicanos moderados, que renunciaban así a ser compañeros de viaje de la subversión cultural y política que el Nuevo Romanticismo estaba proponiendo. Su apuesta fue Ediciones Ulises, paradójicamente una acabada muestra del tipo de editorial que Ediciones Oriente había venido a combatir, ya que presentaba un esmerado catálogo de élite, casi exclusivamente «literario», y compuesto por vanguardistas «no ideológicos» (Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Juan Chabás o Francisco Ayala; pero también Jean Cocteau, Drieu La Rochelle, Blaise Cendrars o Colette). Se distribuyó exclusivamente en librerías, en tomos de lujosa factura, y con un aspecto formal decididamente más tradicional, como demostraban, de hecho, sus portadas, en tonos muy apagados, que imaginaban más en consonancia con el espíritu burgués<sup>11</sup>.

---

Shojolov, o la fenomenal *Cemento* de Gladkov, y hasta cuatro títulos del mismo Stalin, además de los emblemáticos reportajes sobre el funcionamiento de la utopía soviética *Rusia al desnudo* de Panait Istrati y *Un notario español en Rusia*, del mecenas de la editorial, Diego Hidalgo, que agotó cuatro ediciones en 1929, convirtiéndose en el mayor *best seller* de los muchos que produjeron). Lanzaron también la primera «Biblioteca Carlos Marx» que se editó en español, para cuya coordinación rescataron a Wenceslao Roces, que además realizó para Cénit la traducción y los comentarios de la más canónica de las ediciones críticas de *El Capital* que se habían realizado hasta entonces. Y publicaron también la primera edición española de *El Arte y la vida social* de George Plejanov que, en minucioso análisis marxista, postulaba el carácter ideológico de cualquier producción artística, marbete con el que los jóvenes jacobinos de *Post-Guerra* habían fustigado sin piedad al «arte deshumanizado» de la vanguardia clásica. Cénit puso, asimismo, en la calle, a la manera de los folletos libertarios, colecciones económicas populares como «Cuadernos de Cultura Proletaria», «Episodios de la Lucha de Clases», «Cuadernos mensuales de Documentación Política», «Biblioteca de vulgarización médica» y hasta unos «Cuentos Cénit para niños», compuestos casi íntegramente por la condesa anarquista Herminia Zur Mühlen. Editaron pacifismo (Remarque, Glaesser, Barbusse, Johansen...), una importante colección de «Teatro Político» (con títulos de Piscator, Rolland y Ernst Töller), unas frustradas obras completas de Máximo Gorki, y sobre todo numerosas muestras de ese «arte novísimo con intención social», que encontraron lo mismo en John Dos Passos (Cénit publicó la primera y mejor traducción al español de *Manhattan Transfer*, la de José Robles Pazos), Istrati (*Mijaíl*), Silanpaa (*Santa Miseria*) o María Leitner (*Hotel América*), que en César Vallejo (*El Tungsteno*), Ángel Samblancat (*El aire podrido*), Ramón J. Sender (*Imán, O.P.*) o Rosa Arciniega (*Mosko-Strom*). Al margen de cualquier ideario, sus 217 títulos, divididos en 26 colecciones, convirtieron a Cénit, que llegó a tener su propia revista periódica de información bibliográfica, en una de las más importantes editoriales republicanas y quizá del s. XX español. La solvencia de su catálogo, la imaginativa audacia de su concepto editorial, el rigor de sus traducciones y la impactante estética vanguardista de sus cubiertas (al menos 61 de las cuales acreditadas a nombre de Ramón Puyol, y el resto de ilustradores del prestigio de Mauricio Amster, Marian Rawicz, Manuela Ballester o el futuro director de cine Arturo Ruiz-Castillo) no nos dejarán mentir al respecto. *Vid.* Santonja (1989: 39-99), que incluye el más completo catálogo de la editorial publicado hasta el momento.

11 Con todo, Ediciones Ulises no renunció a la literatura soviética, entonces todo un reclamo comercial, y editó, aunque con títulos menores, a Zinoviev, Pianitsky o Victor Serge, ni tampoco renunció a los reportajes propagandísticos sobre la experiencia comunista, como *La Aldea soviética* de Miglioli o, sobre todo, *Rusia 1931* del peruano César Vallejo, que llegó a ser elegido por la prensa el mejor libro editado en España aquel mes de julio y que, con tres ediciones en cuatro meses, se

El tiro de gracia a Ediciones Oriente iban a acabar disparándose, sin embargo, sus más entusiastas promotores: José Díaz Fernández, que formaba parte del proyecto desde la primera época de *El Estudiante*, y Joaquín Arderús, que se había unido a él con *Post-Guerra* y además era copropietario de la imprenta que editaba los volúmenes tanto de Oriente como de Historia Nueva. Ambos, al alimón, fundan en 1930 Editorial Zeus, que fue la verdadera bestia negra de Ediciones Oriente, no sólo por el peso específico que habían ocupado en ella los dos nuevos desertores sino porque fue Zeus la que acabó editando aquel año *El Nuevo Romanticismo*, el ensayo generacional de Díaz Fernández que recogía el ideario del grupo, privándola así también del magro valor sentimental que supondría acaso haber acogido esta obra en su catálogo. Para confirmar, a partes iguales, el cenizo destino de Ediciones Oriente y la escasa clemencia de sus viejos colaboradores, el apoyo económico a la empresa rival se lo acabó aportando Antonio Graco Marsá, otro viejo compañero de los tiempos de *El Estudiante*, sobrevenido ahora en mecenas cultural gracias a una herencia<sup>12</sup>.

---

convirtió en su mayor éxito editorial. No obstante, también hubo autores filo-fascistas, como Curzio Malaparte, y hasta una biografía de Hitler. Así y todo, es posible que el mejor título de Ediciones Ulises fuera, en aquel contexto, *La Turbina*, del poeta ultraísta reconvertido al comunismo César Muñoz Arconada que, con su intensa narración sobre los esfuerzos de los trabajadores de la compañía eléctrica por llevar la luz a una atrasada comarca castellana, acaso estaba firmando la primera muestra verdadera de Realismo Socialista de un autor español. En cualquier caso fueron excepciones dentro de un catálogo por lo general muy «occidental» y volcado hacia lo «literario». Hasta su quiebra en 1932, derivada de los impagos a su distribuidora, Ulises dejó un legado de 62 títulos, muestra más que preclara de que los viejos compañeros de viaje de la subversión podían transitar también perfectamente hacia la involución. *Vid.* Santonja (1989: 112-133) y, sobre *La Turbina*, Blanco, Rodríguez y Zavala (2000: 295).

12 En esencia, Editorial Zeus fue un vehículo de promoción del recién creado PRRS, al que Graco Marsá acababa de afiliarse, tras ser expulsado, por radical, de la agrupación socialista, y del que Arderús y Díaz Fernández eran miembros fundacionales. Por eso, Zeus sí que fue una editorial verdaderamente revolucionaria y hasta de un radicalismo hipertrofiado a veces, que se dedicó a cantar las alabanzas de las conspiraciones carcelarias contra la dictadura y las distintas sublevaciones antimonárquicas, a través de testimonios de autores que participaron de aquel tiempo vertiginoso: Jaime Mir (*Por qué me condenaron a muerte*), Eduardo López de Ochoa (*De la dictadura a la República*), Vicente Marco (*Las conspiraciones contra la dictadura*), Ramón Franco (*Madrid bajo las bombas*), Salvador Sediles (*¡Voy a decir la verdad!*), el mismo Antonio Graco Marsá (*La sublevación de Jaca*), y hasta Arderús y Díaz Fernández, que escribieron a cuatro manos una biografía de Fermín Galán. La editorial pagó también su tributo al realismo socialista soviético, editando el legendario volumen *Veinte cuentistas de la nueva Rusia*, todo un canon en realidad de la narrativa en el meridiano de Oriente que compiló y tradujo Vicente Orobón Fernández, y hasta al pacifismo (*Los koolíes del kaiser* de Plivier). Publicó también por primera vez en español títulos tan notables como *Winesburg, Ohio* de Sherwood Anderson, o *El barco de la muerte*, del esquivo escritor ácrata alemán B. Traven, pero su especialidad fueron, sin duda, los autores españoles del republicanismo radical, con importante participación de los propios promotores de Zeus. No obstante, ni siquiera *El Nuevo Romanticismo*, cuya recepción fue por lo demás discreta, salvó a la editorial de la ruina en 1933, al quebrar la distribuidora monopolista a la que pertenecía, después de haber puesto en la calle 67 títulos. Es lástima, por otra parte, que el aspecto gráfico de Zeus no estuviese en consonancia con el radicalismo de sus textos, pues encomendó sus destinos a

Pero aún quedaba el último episodio de la precipitada diáspora que se produjo en Ediciones Oriente: Ediciones Hoy, fundada en 1931 nada menos que por Juan Andrade que, en apenas un año, había acabado descubriendo que tampoco Cénit era exactamente el instrumento de «socavación editorial» que andaba buscando. Lo curioso del caso es que Ediciones Hoy estaba impulsada por el primer gran monopolio empresarial del libro que hubo en nuestro país, la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, la todopoderosa CIAP, que era propietaria de infinidad de editoras tradicionales (como Renacimiento, Mundo Latino, Atlántida o Fernando Fé), de colecciones de folletos (*La novela de hoy*) y publicaciones periódicas (señaladamente la *Gaceta Literaria*, *Cosmópolis* o *Revista de la Raza*), de más de un centenar de librerías en franquicia por toda España —resultado de una agresiva política de absorciones— y cinco librerías propias en Hispanoamérica, de una Agencia de Prensa, una empresa de hueco-grabado, una Compañía General de Artes Gráficas con varias imprentas, una fábrica de papel y los derechos exclusivos de distribución de numerosas editoriales independientes (entre ellas —¡oh, destino!— Ulises, Zeus y Cénit que, finalmente, gracias a la clarividencia de Giménez Siles, logró independizarse). Cuando la CIAP quiso sacar tajada del libro de izquierda —que empezaba a ser un nicho comercial importante— y acaso también fragmentar su mercado y colapsarlo, recurrió a Juan Andrade, al que dio carta blanca para montar Ediciones Hoy a su manera. Y así fue como el auténtico jabato del radicalismo acabó dirigiendo una editorial plutócrata, financiada por la gran Banca y con capital monárquico<sup>13</sup>.

---

artesanos con oficio pero sin intrepidez, como Pelegrin o García Ascot. Vid. Santonja (1989: 134-152). Para Graco Marsá: <https://fpabloiglesias.es/entrada-db/12267-marsa-vancells-antonio-graco/>.

13 El director literario de CIAP era el conspirador monárquico Pedro Sáinz Rodríguez, que llegó a ser el primer ministro de Instrucción Pública que hubo en la zona nacional, y luego consejero de Juan de Borbón en Estoril y hasta muñidor en la sombra de nuestra monarquía parlamentaria. La financiación de aquel conglomerado empresarial, que al final devino en monstruoso y acabó quebrando en 1933, provenía de la Banca Bauer, familia de banqueros judíos vinculada a los Rothschild, que era accionista de las principales empresas de explotación minero-metalúrgicas de España, todas de propiedad extranjera, como Riotinto, Almadén o Peñarroya. En lo que respecta a Ediciones Hoy sólo puede decirse que le faltó tiempo —y probablemente mercado— para ser, como pretendía, la gran editorial trotskista en español, y tuvo que conformarse con ser la única. Se quedó en 21 títulos, casi todos ya a rebufo de sus rivales: Ehreburg, Kollontai o Gomilevski, ya bien difundidos en nuestro país por Oriente o Cénit; Andreu Nin, con el meritorio *Las dictaduras de nuestro tiempo*, pero que se había publicado antes en catalán; o el furibundo anti-stalinista Boris Pilniak, que sí debutaba en español con *El volga desemboca en el mar Caspio*, pero que era una obra menor en el conjunto de las suyas. Así, quizá fueran dos norteamericanos los descubrimientos más notables realizados por Andrade para Ediciones Hoy: John Reed, que se estrenaba en España con *Hija de la revolución y otras narraciones*, y la portentosa novela de Theodor Dreiser *El Financiero*, ambas en traducciones de Manuel Pumarega. Lo que sí consiguió la editorial fue construirse una singularidad estética muy notable gracias al trabajo de los diseñadores gráficos Mauricio Amster y

José Venegas fue aceptando con resignación las sucesivas espantadas de los viejos socios de Ediciones Oriente atribuyéndolas a meras razones mercantiles, una vez que «los combatientes contra el capitalismo disputaban entre sí al ver la cara amable de la plusvalía» (Ródenas, 2004: 13). El propósito crematístico no puede desde luego desdeñarse, como tampoco el hecho, reconocido también por Venegas, de que el grupo Ediciones Oriente

consiguió la finalidad revolucionaria que se proponía. Dio origen a que se publicaran en castellano innumerables libros de izquierda, lo que hizo cobrar impulso a la oposición contra la dictadura y la monarquía [...] Pero es claro que se produjo aquella inundación de libros revolucionarios porque lo solicitaba el público. Ninguno de nosotros tuvo capital para crear la demanda (Venegas, 1944: 177-178).

Lo que supone admitir que Ediciones Oriente se encontró ya un mercado construido, un público hecho, resultado tal vez de los ímprobos esfuerzos del movimiento libertario por construir, desde el último cuarto del siglo XIX, y a través de sus precarias publicaciones, una cultura obrera, precisamente aquella que había venido a dismantelar Primo de Rivera (Civantos, 2017: 229). De manera que la llamada de Díaz Fernández (2013: 68) a construir «una civilización política» era en verdad una pose sobreactuada, porque esa cultura política de izquierda ya existía, sólo que había que conducirla hacia el republicanismo radical. Lo que había ocurrido, simplemente, es que la «civilización política» a la que se aspiraba en 1925, cuando empezó a publicarse *El Estudiante*, ya no era la de 1930, cuando la monarquía renquea ya, herida de muerte. No es, en fin, que Ediciones Oriente fuera un barco que se hundiera; es que, cuando llegó a la orilla, sus tripulantes empezaron a buscar sombra en sitios distintos.

José Antonio Balbontín dejó el PRRS —presidía incluso la Agrupación de Madrid— justo al mes de proclamarse la II República, incapaz de entender que se fuera a colaborar, en labores de gobierno, con ex-monárquicos como Alcalá Zamora o Maura. Fundó entonces el Partido Social Revolucionario, cuyos seis diputados en las Cortes de junio de 1931 fueron los más díscolos del hemiciclo, por lo que Ortega y Gasset los denominó «jabalíes». Finalmente, en marzo de 1933, el PSR, que había sido martillo implacable para un gobierno al que juzgaba timorato e incapaz de afrontar la Reforma Agraria, ingresó en el entonces muy minoritario PCE y Balbontín se convirtió, por birlibirloque, en el primer diputado comunista de España, transitando rápidamente de Robespierre a Lenin<sup>14</sup>.

---

Marian Rawicz, dejados escapar por Cénit, que dibujaron todas las cubiertas. *Vid*, Santonja (1989: 104-111). Para la CIAP López y Molina (2012) y para Sáinz Rodríguez: [https://www.larramendi.es/i18n/consulta\\_aut/registro.cmd?id=3283](https://www.larramendi.es/i18n/consulta_aut/registro.cmd?id=3283).

14 Lo que probablemente siempre fue José Antonio Balbontín (1893-1978) es un rabioso



Aún antes que Balbontín, y sin darle apenas el año de gracia, Joaquín Arderús abandonó el PRRS en 1930, cuando aún era casi una aspiración, para pasar al Partido Comunista, que no era algo mucho más sólido por aquellas fechas, pero al que sí juzgaba más obrero. Y desde las filas comunistas no ahorró críticas al primer gobierno republicano, presidido por Azaña, y en el que participaban antiguos compañeros de militancia, porque no lo consideraba un gobierno de coalición sino de reacción. Su errática trayectoria desde entonces resulta desde luego menos explicable pues enseguida participó en la fundación, en 1934, de Izquierda Republicana, a la que consiguió después atraer a su amigo del alma José Díaz Fernández<sup>15</sup>.

José Díaz Fernández, por su parte, fue fiel al PRRS hasta que la debacle del partido en las elecciones de 1933 le arrebató el escaño (era diputado por Oviedo), la secretaría de Estado (que ocupaba en el Ministerio de Instrucción Pública) y

---

iconoclasta de corte libertario al que, como tal, le incomodaba el parlamento y la disciplina de partido (fue expulsado del PCE en febrero de 1934). Su amistad más fértil fue, de hecho, con el mítico anarquista andaluz Pedro Vallina, que fue su principal valedor, y del que sólo lo separó el destino de su exilio. En Londres aún pretendió impulsar una Junta Española de Liberación, con el socialista Luis Araquistáin, que murió, apenas nacida, en 1944. Como escritor no tuvo suerte, pese a que fue pionero de la poesía social (*Inquietudes*, 1923), del teatro popular revolucionario (*Frente de Extremadura*, 1936) y hasta de la narrativa social de vanguardia (*El suicidio del príncipe Ariel*, 1929). En el exilio, que fue principalmente inglés, acabó extrañamente volviendo sus ojos a la teología. Sus memorias, por cierto, son un engrudo deslavazado y a menudo infumable de misticismo paniaguado, arqueología cristiana, ensoñaciones infantiles y poemas dispersos, y en las que hay poca, muy poca, historia. *Vid.* Balbontín (1952), Guzmán (1978), Rubiales (2007) y Larrabide (2008).

15 Vidas paralelas, Arderús y Díaz Fernández, que coincidieron en *Post-Guerra*, fueron una pareja estelar dentro de la izquierda radical: participaron juntos en la Sublevación de Jaca y en la fundación del PRRS, pasaron de la mano de Ediciones Oriente a Zeus, escribieron al alimón una biografía de Fermín Galán, proyectaron y dirigieron la tristemente olvidada revista *Nueva España* (1930) y hasta abandonaron la literatura a la vez, alterados por la política y sus mil huevos de serpiente. Lo que ocurre es que en aquel momento la trayectoria de Díaz Fernández estaba apenas iniciada, pero la de Arderús era ya muy sólida, como artífice de un singular expresionismo valle-inclanescos desde su primer título *Mis mendigos* (1915). Murciano de Lorca, Joaquín Arderús (1885-1969) había ido jalonando una trayectoria que lo aproximó al Nuevo Romanticismo aún antes de que existiese, con *Así me fecundó Zaratustra* (1923), *Ojo de Brasa* (1925), o *La Espuela* (1927). El más prolífico —y también el más viejo— de los jóvenes narradores de vanguardia social, aportó a los catálogos de las editoriales de avanzada títulos mayúsculos como *Los príncipes Iguales* (1928) o *Justo, el evangélico* (1929), acaso el mejor de todos ellos, pero luego alcanzó ya un punto de no retorno con *Campesinos* (1931) y *Lumpenproletariado* (1931), en los que la inflación panfletaria le hace perder enteros de vanguardia hasta desdibujar al novelista que había sido. Colaboró también en la revista *Octubre*. Fue entonces cuando presidió efímeramente la Unión de Escritores Revolucionarios de Hispanoamérica y ayudó a fundar la Asociación de Amigos de la Unión Soviética. Su último título, *Crimen*, es de 1934. Durante la Guerra se prodigó en tareas de propaganda y llegó a dirigir incluso la sección española del Socorro Rojo Internacional. Se exilió a Francia, de nuevo con Díaz Fernández, pero ya con la mirada perdida y un aire ausente que no le abandonaría nunca. La muerte iba a llegarle en México, en un mundo que ya no entendía y después de pasar, como un Sibelius de la literatura, 30 años sin escribir una palabra. *Vid.* Fuentes (1971) y Bonet (2007: 60-61).

acaso también la confianza. Volvería al hemiciclo en 1936, ahora por Murcia, con la Izquierda Republicana de Azaña, y también a las cuestiones educativas, pero ya nunca fue el mismo<sup>16</sup>.

En lo que concierne a Juan Andrade, que había sido comunista de primera hora y hasta miembro del Comité Central del PCE entre 1921 y 1927, sabemos que, para cuando se produce la diáspora de Ediciones Oriente, era ya el líder de los opositoristas españoles a la política del Komintern, agrupados en la Oposición Comunista de España. De ahí salió en 1931 la Izquierda Comunista de España, hiperventilado partido trotskista del que renegó hasta el propio Trotsky, y que Andrade dirigió con mano de hierro hasta 1935, año en el que se fusionó con el Bloc Obrer i Camperol de Joaquín Maurín, para acabar constituyéndose en el Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM<sup>17</sup>.

---

16 En sus memorias, Venegas (1944: 167) se quejaba muy sentidamente de que no fue su temprana muerte sino la fiebre política que tan alto subió a José Díaz Fernández (1898-1941) en los años treinta la que nos privó acaso del mejor escritor de su tiempo. Probablemente no le faltaba razón. *El Blocao* (1928), que recogía, en un ambicioso *collage*, sus experiencias en la guerra de Marruecos, es uno de los mejores debuts literarios de todos los tiempos. *La Venus Mecánica* (1929), novela cubista donde el feminismo, la educación de masas, el movimiento obrero o la proletarización intelectual encuentran su propia revolución estética expresando la conflictividad del mundo, fue otro hito, como lo fueron *El Nuevo Romanticismo* (1930), sus artículos en las publicaciones de la época o sus cuentos. Dirigió también la infravalorada revista *Nueva España* (1930). Escritor desenfadado, pero a la vez muy consciente de la función social de las letras, se entregó luego a la política a tumba abierta y abandonó la literatura. Su último libro, *Octubre Rojo en Asturias* (1934) apareció ya bajo seudónimo, José Canel, reconocimiento implícito, y por demás bastante amargo, de la incapacidad de la literatura —y tal vez de la política— para cambiar el mundo. La Guerra, que le alcanzó en Barcelona, el atropellado camino al exilio y el campo de concentración francés en el que enfermó para morir al año siguiente en Toulouse, acabaron por confirmar sus más oscuros presagios. *Vid.* Esteban y Santonja (1977: 306-307), Bonet (2007: 199) y Díaz Fernández (2013: VII-VIII).

17 A Juan Andrade Rodríguez (1898-1981) le cuadra desde luego mucho más la labor de dinamizador cultural de la izquierda que la de líder obrero que nunca pudo ser. Empezó casi adolescente en las Juventudes Socialistas de España, de las que dirigió su semanario *Renovación*. Luego, ya en el Partido Comunista, se encargó de dirigir el órgano oficial de prensa del partido, *El Comunista*, y cuando se creó el PCE se puso al frente de *La Antorcha*, semanario del partido y también proyecto editorial. Fue funcionario de Hacienda, luego depurado por la dictadura de Primo de Rivera, y también miembro de los comités directivos de todos los partidos a los que estuvo afiliado, y hasta formó parte, como miembro del POUM, del primer ejecutivo del exilio. Hiperactivo conspirador contra la monarquía —detenido, según confesión propia, once veces—, participó con la ICE en la Revolución de Asturias y fue portavoz del POUM en las desgraciadas jornadas de mayo del 37 en Cataluña, pero Andrade se encontraba más en su salsa dirigiendo periódicos o gestionando publicaciones. Y fue también así, en su exilio francés, donde dirigió la importante Librería Española de Francia. Aunque sus memorias son desde luego más legibles que las de Balbontín, su obra propia es sin duda inferior a su extraordinario olfato para detectar la grandeza ajena, y muchos de los aromas por él percibidos acabaron enriqueciendo los catálogos de Ediciones Oriente, Cénit o Ediciones Hoy convirtiéndose en clásicos indiscutibles de la literatura contemporánea. *Vid.* Andrade (1983) y Gutiérrez Álvarez (2006).

Por su parte, el volcánico César Falcón que, al frente de Historia Nueva, había traído de cabeza a Venegas por sus extravagancias, fundó en 1931 una inflamada Izquierda Revolucionaria y Anti-imperialista, que tenía un fuerte componente americanista y mucho de internacionalismo, pero cuyo peso electoral fue escaso. A las elecciones a Cortes de Junio IRYA concurrió, en coalición con el partido de Balbontín, en el Bloque Republicano Revolucionario, un conglomerado que incluía a federalistas, como Blas Infante, o al popular piloto militar Ramón Franco, entonces héroe republicano por haber conspirado contra el rey en Cuatro Vientos. Falcón se quedó sin escaño. En 1932 decidió disolver el partido e integrarse en el PCE, del que se convirtió enseguida en uno de sus activistas más proteicos<sup>18</sup>.

Prueba de que se enrolaron en un barco cuyo destino ignoraban, las defecciones de los últimos en llegar, José Lorenzo y Justino de Azcárate, fueron sin duda las más pintorescas: en 1931 el primero hizo mutis por el foro, abandonando política y cultura con similar entusiasmo; y el segundo, en una auténtica cabriola de transfuguismo ideológico, se incorporó a la Agrupación al Servicio de la República, el partido de José Ortega y Gasset, otrora bestia negra de los jóvenes de izquierda radical, y fue, de hecho, uno de sus 13 ceñudos diputados en las Cortes Constituyentes. En la Transición, en capricho no difícil de entender, Azcárate acabaría siendo senador por designación real (Jaúregui, 1984).

---

18 César Falcón y Garfías (1892-1970), que había trabajado de niño en las explotaciones mineras del Huánuco, empezó desde abajo en todas las empresas que abordó para acabar, por su carácter incansable y carismático, aunque desordenado, ocupando puestos de relevancia. Ocurrió en las diversas rotativas limeñas para las que trabajó hasta llegar a fundar el diario *La Razón* con José Carlos Mariátegui, del que fue compañero inseparable hasta el final y con quien emprendió la aventura europea en 1919; y ocurrió también en España, donde empezó casi como chico de los recados hasta acabar como corresponsal en Londres de *El Sol*. Tumultuoso y desordenado, y con violentos arrebatos de narcisismo, de él dijo su compatriota César Vallejo que «llegaría muy lejos en materia arribista» (Bonet: 2007: 236); José Venegas, que más de una vez tuvo que enmendar sus turbulencias como editor, también lo encontraba impredecible y caótico al frente de Historia Nueva, aunque reconoció su talento (Venegas, 1944: 147-150). Después de su efímero idilio con la izquierda radical republicana, Falcón se lanzó con ardor a la causa comunista, a la que arrastró a su joven esposa Irene Lewy, que llegó a ser, ya en el exilio, secretaria personal de Dolores Ibárruri. Fundó el semanario *Nosotros*, subtítulo hiperbólicamente «Órgano de la Revolución Mundial», y también la importante compañía Teatro Proletario, con actores no profesionales de militancia comunista. Llegó a dirigir *Mundo Obrero* y, ya durante la Guerra, el órgano propagandístico multidisciplinar *Altavoz del Frente*, que recuperó a muchos entusiastas de la revolución que durante la II República habían recorrido trayectos dispersos. Como escritor, Falcón está aún por reivindicar, pues títulos como el casi expresionista *Pueblo sin Dios* (1928); *Madrid* (1938), su vibrante crónica novelada sobre la defensa de la ciudad; su drama *Asturias* (1936); el importante ensayo *Un Mundo que Agoniza* (1945) o sus demoledoras colaboraciones para *La Novela Proletaria* (1932), son sin duda piezas maestras de aquel tiempo vertiginoso en el que tantas carreras literarias fueron sepultadas. Vid. Esteban y Santonja (1977: 307-308), Falcón (1982) y Bonet (2007: 235-236).

Asociado con frecuencia al comunismo, lo curioso del caso es que Rafael Giménez Siles parece que no militó nunca en ningún partido político, lo que le permitió tal vez tener mayor margen de maniobra en la infinidad de proyectos culturales que emprendió, embarcando en ellos lo mismo a puristas de la ortodoxia soviética que a trotskistas, socialistas, republicanos de variado cuño, radicales y hasta ácratas. No todos lo entendieron como una virtud en aquel tiempo hostil propicio al odio<sup>19</sup>.

Por último, José Venegas, que asistió, mordiéndose los labios, al tropel de epifanías personales que fueron arruinando Ediciones Oriente, acabó por interpretar su propia versión del «voy por tabaco y vuelvo» y en 1930 viajó a la Argentina a aprender de técnica editorial, dejando Oriente al cargo de uno de sus traductores, Julio Gómez de la Serna. Volvió un año después, efímeramente, para vivir los primeros pasos de la II República y los últimos de la editorial vanguardista, tan prematuramente avejentada, de la que había sido gerente. Regresó ya para siempre a Buenos Aires en 1932, tal vez con la ducha del desencanto. Discreto, amante del segundo plano, y acaso tal vez de los secretos, Venegas era afiliado al PSOE desde 1925 (Pérez Alcalá 2007a y 2007b).

Todos habían contribuido a cambiar la forma de editar en nuestro país —esto no puede discutirse— y también, de un modo u otro, el concepto de vanguardia, de lo que era susceptible de considerarse literario, y hasta del compromiso mismo. La historia de la literatura, por lo general, ha sido bastante injusta con el Nuevo Romanticismo (Bueno, 2019) y, cuando se ha acercado al tema, cosa que no ha sido tampoco frecuente, los ha considerado autores panfletarios o carentes de estilo, cuando en realidad lo que pretendían es subrayar el carácter político de cualquier texto literario, o el hecho de que no se puede ser revolucionario sólo a base de sinestesias. Promotores de un concepto corporativo de las transformaciones estéticas, que suponía ir más allá de lo formal para asumir un riesgo ético que no ocultara la conflictividad social, está claro que acabaron pagando un alto peaje por

---

19 Significativamente hay muy poco de la experiencia republicana en las memorias de Rafael Giménez Siles (1900-1991). Nada de *El Estudiante* ni *Post-Guerra* ni Ediciones Oriente y ni siquiera de Cénit, la editorial que voló más alto. Tampoco de la imprenta Argis, que fue suya, ni de la Imprenta-Rotativa, Imp-Rot, que le financió el PCE, ni de la efímera editorial Nuestro Pueblo, que fundó durante la Guerra. Y nada, nada, nada de Andrade, de Venegas, o de Arderius, con los que compartió tantas tribulaciones en los años rojos. Un poco de su experiencia como director de las Ferias del Libro de Madrid durante ambos bienios republicanos y pare usted de contar. Parece que su exilio mejicano lo había hecho nacer de nuevo, o al menos le había permitido formatearse. Allí desde luego fue un titán de la cultura fundando y dirigiendo durante cuarenta años EDIAPSA (Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones S.A.), el mayor gigante del libro Hispanoamericano, que incorporaba numerosas editoriales y librerías (como la legendaria Librería de Cristal de la Pérgola, en la Alameda Central del DF), y que fue acaso una versión azteca de la CIAP, desde luego más perdurable. Nunca volvió a España. *Vid.* Giménez Siles (1981) y Somolinos (2016).

frecuentar estas carreteras alternativas. Y puede que incluso acabaran, en algunos casos, siendo víctimas de los fantasmas que creían haber venido a conjurar. Pero es posible que también contribuyeran a cambiar la Historia, o al menos a precipitarla en cierto sentido. Lo que sí parece seguro, como la propia experiencia del grupo demuestra, es que las convergencias que sirvieron para derribar una monarquía no resultaron lo suficientemente sólidas como para sostener una República, y todos acabaron siendo deglutidos por el agujero negro del parlamentarismo y las siglas. No iba a ser esta la última vez que iba a ocurrir algo parecido, una lección histórica que tampoco conviene que se nos olvide demasiado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abelló Güell, T. (1997). *El movimiento obrero en España: s. XIX y XX*. Barcelona: Hipòtesi.
- Albornoz, Á. de (15 de febrero de 1930). «Vieja política: Cortes Constituyentes». *Nueva España*, nº 2, p. 3.
- Alonso, D. ([1952] 1965). «Una generación poética (1920-1936)». En Dámaso Alonso, *Poetas españoles contemporáneos* (3ª edición aumentada) (pp. 155-178). Madrid: Gredos.
- Andrade, J. (1983). *Recuerdos personales*. Barcelona: ediciones del Serbal.
- Avilés Farré, J. (1985). *La izquierda burguesa en la II República*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (2006). *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Aznar Soler, M. (2010). *República literaria y Revolución*, tomo I. Sevilla: Renacimiento.
- Balbontín, J. A. (1952). *La España de mi experiencia*. México: Aquelarre.
- Becerra Mayor, D. (2013). *La novela de la no-ideología*. Madrid: Tierradenadie Ediciones.

- Blanco Aguinaga, C., Rodríguez Puértolas, J., Zavala, I. M. [(1978] 2000). *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, vol. II (3ª edición). Madrid: Akal.
- Bolufer Vicioso, A. (2020). «Ramón Puyol Román. Testimonio gráfico (1940-1943)». *Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltares*, 53 (otoño 2020), 87-96.
- Bonet, J. M. (6 de Agosto de 1981). «Un artista de avanzada». *El País*. Recuperado de: [https://elpais.com/diario/1981/08/06/cultura/365896802\\_850215.html#](https://elpais.com/diario/1981/08/06/cultura/365896802_850215.html#)
- (2007). *Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bueno Morillas, L. F. (2019). «El desencuentro de los narradores del Nuevo Romanticismo en (y con) las historias literarias». *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*. nº 18 (noviembre 2019), 186-211. <https://doi.org/10.32112/2174.2464.2019.315>
- Cabañas Bravo, M. (2005). «De La Mancha a México: la singular andanza de los artistas republicanos Gabriel García Maroto y Miguel Prieto». *Migraciones & Exilios: Cuadernos de la Asociación para el estudio de los exilios y migraciones ibéricas contemporáneas*, 6 (diciembre 2005), 43-63. <http://hdl.handle.net/10261/22621>
- Civantos Urrutia, A. (2017). *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero 1917-1931*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo.
- (2019). «Esplendor y miseria de Ediciones Oriente (Madrid 1927-1932). Un grupo editorial de avanzada para construir la República». *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*, 3 (junio 2019), 114-144. <https://doi.org/10.15366/crrac2019.3.005>
- Cucalón Vela, D. (2007). «Aspirantes a caudillos o la imposibilidad de un partido: el Partido Republicano Radical Socialista». *Alcores: Revista de Historia contemporánea*, 3, 207-234.
- Díaz Fernández, J. (25 de septiembre de 1927). «Acerca del Arte Nuevo». *Post-Guerra*, nº 4, 6-8.

- ([1930] 2013). *El Nuevo Romanticismo* (edición de César de Vicente). Doral, USA: Stockcero.
- Esteban, J. y Santonja, G. *Los novelistas sociales españoles (1928-1936)*. Madrid: editorial Ayuso.
- El Estudiante (10 de enero de 1926). «Estudiantes e intelectuales». *El Estudiante* (II Época) nº 6, I.
- (1 de febrero de 1926). «Las efemérides de hoy». *El Estudiante* (II Época) nº 9, I.
- Falcón, J. (1982). *El hombre en su acción*. Lima: ediciones Hora del Hombre.
- Freixes, S. y Garriga, J. (2006). *Libros prohibidos. La vanguardia editorial desde principios del siglo XX hasta la Guerra Civil*. Barcelona: Viena Ediciones.
- Fuentes, V. (1971). «De la novela expresionista a la revolución proletaria: en torno a la narrativa de J. Arderius». *Papeles de Son Armadans*, CLXXIX (febrero de 1971), 197-215.
- (1976). «Post-Guerra (1927-1928): una revista de vanguardia política y literaria». *Ínsula*, 360 (noviembre), 4.
- (1981). «Los libros y los lectores durante la II República». *Arbor*, nº 426- 427 (junio-julio), 85-94.
- (1982). «El grupo editorial Ediciones Oriente y el auge de la literatura social revolucionaria (1927-1931)». En *IV Congreso Internacional de hispanistas (vol.I)*, (pp. 545-550). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Giménez Siles, R. (1981). *Retazos de vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor*. México: editorial Azteca.
- Gramsci, A. (2022). *Escritos (Antología)*. Madrid: Alianza.
- González, Á. (1981). «Prólogo». En *El grupo poético de 1927*, Antología (3ª edición) (pp. 7-39). Madrid: Taurus.
- González Calleja, E. (2005). *La España de Primo de Rivera: la modernización autoritaria*. Madrid: Alianza.
- Gutiérrez Álvarez, P. (2006). «Juan Andrade Rodríguez. El jacobino del comunismo español». En Gutiérrez Álvarez, Pepe, *Retratos Poumistas* (pp. 54-78). Sevilla: Renacimiento.

- Guzmán, E. de (1978). «José Antonio Balbontín, primer diputado comunista en el parlamento español». *Triunfo*, nº 787 (25 de febrero), 26-28.
- Jáuregui, F. (26 de noviembre de 1984). «Justino Azcárate». *El País*. Recuperado de: [https://elpais.com/diario/1984/11/26/ultima/470271606\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1984/11/26/ultima/470271606_850215.html)
- Jiménez Millán, A. (1980). «La literatura de avanzada a través de las revistas *Post-Guerra* y *Nueva España*». *Analecta Malaccitana*, 1, 37-60.
- Larrabide, Aitor L. (2008). «Una novela social olvidada: *El suicidio del príncipe Ariel*». *E.H. Filología*, 30, 165-185.
- López de Abiada, J.M. (1983). «Acercamiento al grupo editorial de *Post-Guerra*». *Iberorromanía*, 17, 42-65.
- López Morel, M. Á. y Molina Abril, A. (2012). «La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano». *Revista de Historia Industrial*, nº 49, año XXI, 111-145.
- Luis Martín, F. de (1994). «La juventud rebelde frente a la Dictadura: *El Estudiante* entre Salamanca y Madrid, 1925-1926». En Francisco de Luis Martín, *Cincuenta años de Cultura Obrera en España 1890-1940* (pp.284-298). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Mengual, J. (17 de febrero de 2017). «El trazo del impresor y editor Gabriel García Maroto». *Negritas y cursivas*. Recuperado de: <https://negritasy cursivas.wordpress.com/2017/02/17/el-trazo-del-impresor-y-editor-gabriel-garcia-maroto/>
- Nueva España (15 de febrero de 1930). «Editorial: el Partido Republicano Radical Socialista». *Nueva España*, nº 2, 2-3.
- Pérez Alcalá, E. (2007a). «José Venegas: primera aproximación a su obra y a su persona». *Elucidario*, 3, 287-300.
- (2007b). «José Venegas, periodista: su etapa en El Liberal de Madrid». *Elucidario*, 4, 79-92.
- Pintor Alonso, M<sup>a</sup> del P. (2009). «Ramón Puyol. Aunque pasen cien años...». *Caetaria*, 6-7, 385-400. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3200035>
- Post-Guerra (25 de septiembre de 1927). «Editorial». *Post-Guerra*, nº 4, 1.



- (29 de febrero de 1928). «La conmemoración republicana del 11 de Febrero». *Post-Guerra*, N<sup>o</sup> 8, 1.
- (1 de septiembre de 1928). «Vanguardistas, trepadores y arte nuevo». *Post-Guerra*, n<sup>o</sup> 13, 3.
- Ródenas de Moya, D. (2004). «Entre el hombre y la muchedumbre: la narrativa española de los años treinta». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 647 (mayo), 7-28.
- Rubiales Torrejón, J. (2007). «Perfil biográfico de José Antonio». En Balbontín, José Antonio, *La España de mi experiencia* (pp. 7-32). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Santonja, G. (1986). *Del lápiz rojo al lápiz libre*. Barcelona: Anthropos.
- (1989). *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona: Anthropos.
- Somolinos Molina, C. (2016). «Semblanza de Rafael Giménez Siles (1900-1991)». En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes – Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) EDI-RED: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/rafael-gimenezsiles-malaga-1900-1991-semblanza/>
- Tuñón de Lara, M. (2000). *La España del S. XX* (3<sup>a</sup> edición). Madrid: Akal.
- Tusell, J. y Queipo de Llano, G. (1990). *Los intelectuales y la República*. Madrid: editorial Nerea.
- Venegas, J. (1944). *Andanzas y recuerdos de España*. Montevideo: Feria del Libro.